UN CURSO MÁS

Hoy comienzan las clases y bajo decidida por la costanilla de camino a la Facultad. Aún hace mucho frío, mejor no saber cuánto, así que aligero el paso y me refugio en el soleado estreno de un curso del pasado remoto, cuando cada año académico se abría a primeros de octubre y la Facultad tenía un nombre diferente. Yo era nueva en la ciudad, y recuerdo que lo primero que pensé mientras buscaba el Colegio Mayor, donde iba a alojarme durante unos cuantos meses, fue en hacerme con un par de zapatos más adecuado a los adoquines que tapizaban precisamente esa empinada ruta. Avanzaba repasando los acontecimientos de las últimas horas: nuevos horarios, nuevas costumbres, nuevos compañeros y aulas no tan nuevas en las que aprender a enseñar. O enseñar a aprender, y a enseñar. ¿Es posible aprender a aprender? No sabía por dónde empezar, si bien ya me veía claramente como un eslabón dentro de ese ciclo: qué responsabilidad.

Al dar por tercera vez con la misma callejuela vacía, desde donde –por cierto– se oía cantar a un gallo, pero no se vislumbraba ni rastro de mi destino, comprendí que en ese misterioso laberinto consistía la *Magia de Huesca*. En seguida comencé a dudar seriamente del sentido de la lateralidad del ciudadano que me había dirigido, hasta que tuve la feliz ocurrencia de hacer justo lo contrario de lo prescrito y así retomé la buena dirección. Con todo, lo más impactante de aquella mañana asaz surrealista fueron unos gritos desgarrados, sobrecogedores, que no se parecían a ninguna voz que hubiese llegado jamás a mis oídos y cuyo enigma solo pude descifrar semanas después. Se trataba de unos pavos reales que, tan pronto se paseaban como si tal cosa por la calzada desafiando el tráfico de la Calle del Parque, como levantaban el vuelo hasta uno de los tejados cercanos. Los graznidos se sentían a todo volumen desde varios puntos del

edificio: te podían sorprender en medio de clase o en la biblioteca, aunque he de decir que nunca vi a nadie incomodarse por ello.

Cuando, años más tarde, tras sustituir a los pavos en su colonización del parque, los estorninos se convirtieron en un auténtico problema de salud pública, experimenté la misma sensación inquietante por el sistema disuasorio utilizado, con su banda sonora a base de disparos enlatados, seguidos del coro de pollos agonizantes. En un par de ocasiones, enfrascada como estaba en las clases o en algún trabajo, me vi al borde del infarto a causa de las primeras explosiones, mientras a mi alrededor todo el mundo andaba a lo suyo, indiferente al estruendo. Una vez hube comprobado que no sufría de alucinaciones auditivas, al ser informada de lo que ocurría, yo también terminé por acostumbrarme.

Paradójicamente, cuando las oscuras bandadas huyeron a otras latitudes y dejó de ser necesario ese concierto cotidiano, desde que ninguna paloma ha vuelto a estamparse contra la ventana interrumpiendo un examen y ni siquiera hay ya aviones que atraviesen la barrera del sonido justo encima del tejado, casi echo de menos el bullicio y cada sobresalto de la vida circundante, nuestra rutina durante años. Aunque ya hemos pasado lo peor, las últimas predicciones aseguran que la mini-glaciación aún se dejará sentir al menos hasta 2040. Hechas realidad estas expectativas, nos permitirán celebrar el ducentésimo aniversario de los estudios de Magisterio en Huesca como merece la Institución. De todos modos, la crisis energética que estos fríos polares trajeron consigo desde más o menos el año 30 no ha sido tan nociva para con nuestra ahora menguada comunidad universitaria.

Al llegar al número cuatro de Valentín Carderera, me detengo un momento. Desde el exterior, a penas se aprecian los cambios sufridos en el viejo caserón. Hubo

que sustituir todas las ventanas y algunas puertas por otras de mayor aislamiento y los patios de recreo interiores se cubrieron con cúpulas transparentes a dos alturas con el fin de aprovechar los espacios y atrapar el calor. El antiguo comedor escolar se amplió para poder atender a la totalidad de los usuarios cuando hubieron de ajustarse perfectamente horarios y calendarios académicos, desde la educación preescolar hasta la superior, para optimizar recursos. Naturalmente, esto ha supuesto niveles de conciliación laboral del cien por cien. Resulta extraño inaugurar el curso con la primavera y clausurarlo en noviembre, pero lo cierto es que entre mediados de noviembre y finales de marzo a penas se puede salir de casa. Personalmente lo encuentro incluso divertido.

Sí, han cambiado muchas cosas en el mundo, aunque quizá no logremos atender sino nuestras necesidades más inmediatas; y, sí: no todo es tan malo. Esta gran crisis nos ha obligado a vivir de modo más sostenible. No niego que la mayor parte de la sociedad ha debido hacer un gran esfuerzo, y aún seguirá sufriendo. Pero dejando de lado las cifras a corto plazo, también nos ha hecho más solidarios, puede que más humanos. Y sobre todo –lo nunca visto en este país–, ha servido para que aprendamos a planificar a fondo las acciones más insignificantes de nuestra vida, privada o laboral. Hemos visto lo frágil que es todo lo que antes dábamos por hecho. Los frecuentes cortes en el fluido eléctrico o las limitaciones en el uso de internet nos han devuelto la mesura, en el cuánto y en el cómo; han eliminado de un plumazo los "usos problemáticos" y las adicciones a los dispositivos: hemos recuperado la noción del tiempo y de cómo emplearlo con otras personas, y también hemos ganado en salud y en rendimiento académico.

Miro hacia el parque. Todo el verdor que abarcaba la vista desde las aulas ya no existe. A esto sí cuesta acostumbrarse. Las autoridades se vieron obligadas a talar un gran número de árboles y arbustos de toda la región para abastecer de biomasa a la

población. Aunque el combustible para las calefacciones está fuertemente racionado, nuestro edificio tiene asegurado el suministro. A diferencia de otros centros educativos de la zona, que tuvieron que cerrar por su nula sostenibilidad, y concentrar a los escasos alumnos que quedaban en unos pocos edificios, el colegio público de la planta baja es uno de los que siguen funcionando. También varias facultades fueron clausuradas en nuestra Comunidad Autónoma. Pero en nuestro caso, gracias a la presencia de los escolares, que gozan incluso de más protección y prioridades que en el máximo apogeo de la *Ciudad de los niños y las niñas*, la vieja construcción de ladrillo visto se ha hecho fuerte. No solo ha contribuido a nuestra mera supervivencia como Institución, sino que se ha creado una simbiosis perfecta entre los ocupantes de todas las plantas de nuestro edificio centenario: nos necesitamos unos a otros más que nunca. Ahora bien, es triste que haya debido ocurrir un desastre de dimensiones planetarias para que, por fin, se haya tomado verdadera conciencia sobre el papel clave del maestro y de su formación como ser humano pensante para el bien de todos.

Ya estoy subiendo los escalones de piedra. De pronto, no estoy segura de si soy alumna o profesora. Creo haber terminado la carrera hace años y sin embargo… ¿Soy profesora? ¿De qué? Vuelvo sobre mis pasos. Miro alrededor. No identifico a ningún docente y entre los estudiantes que se van acercando tampoco consigo reconocer a nadie. Ya sé. Se trata de una de esos malos sueños del primer día, en los que no encuentras el aula o debes repetir un examen ya superado. Pero todo es tan real… No, no puedo entrar aún. Y estoy helada. Bajo por la rampa. Recuerdo que durante años en esta misma fachada podía verse estarcida una efigie de Franco. Recuerdo muchos detalles de antes y de ayer mismo, pero en este instante no tengo la menor idea sobre quién soy, dónde nací o qué edad tengo, aunque… Hay algo que sí sé. Sé que parte de mi vida está ahí dentro. Debo volver.